

El juego : ¿ un comportamiento exclusivo de la conducta humana?

Edgar
Danilo
Eusse

15

A usted, a mí, y en fin a todos aquellos interesados en facilitar el desempeño y desarrollo de la acción motriz de los nuevos hombres, nos ha o nos puede llegar a inquietar una pregunta, como compensación al diario quehacer de aquellos maestros pedagogos que se dejan mover por la naturaleza humana: ¿es el juego un comportamiento exclusivo de los seres humanos?

Es curioso que muchos estímulos produzcan tanto en animales como en humanos, los mismos efectos, con variación sólo en su manifestación particular. Pero lo más impresionante es el alcance de desarrollo de la inteligencia comparado con un desarrollo físico dispar o mejor entre un personaje y el otro, el desencadenamiento de una serie de hechos y fenómenos que fundamentados en el juego rigen el comportamiento y desenvolvimiento humano generación tras generación, con una transmisión que heredamos y a la vez transmitimos a veces intacta, otras mejorada y otras más, desfiguradas.

Schiller, citado por Bally¹, resume este fenómeno tan apasionante en una frase así: "Sólo juega el hombre cuando es hombre, en todo el sentido de la palabra, y es plenamente hombre sólo cuando juega".

El concepto de juego

Todas las manifestaciones motoras que no parecen perseguir inmediatamente una finalidad vital pueden considerarse como juego, según Carlee Grosso.² Sin embargo, debemos considerar que en la mayoría de las especies animales, la protección contra el enemigo y el aseguramiento de la alimentación "desahogan" los actos instintivos, con lo cual articulan ciertos comportamientos de manera que surge toda una serie de posibilidades háptico-sensoriales a las que Grosso llama, *fomento del desarrollo de la inteligencia*.

Así, pues, llamamos juego a aquella conducta animal que relaciona o no determinados objetos dentro del ámbito de la apetencia, involucrándolos, combinándolos incluso con el tiempo y el espacio una y otra vez "hasta el cansancio". La evolución de esta conducta es directamente proporcional a la intensidad del cuidado de la cría y al tiempo que dure la época de la juventud.

Esta conducta no existe en los animales muy viejos. La encontramos, en cambio, durante su juventud propiamente dicha, mientras que los animales jóvenes mantienen su inclinación hacia el juego incluso cuando el hombre se hace cargo de su protección y de su alimentación; es decir, cuando son animales domésticos. Hasta en los antropoides podemos observar que con -el tiempo se va

*Estudiante séptimo semestre de educación física y deportes en la Universidad de Antioquia.

¹ Gustav Bally. *El hombre al desnudo*. Ediciones Nauta. Barcelona. 1980.

²ibid. p. 53

perdiendo la vivacidad juguetona. Morris³, por ejemplo, hace referencia en su libro, repetidas veces, a la seriedad animal. El hombre, por el contrario, juega durante toda su vida.

Es importante establecer la diferencia entre comportamiento exploratorio y comportamiento juguetón que, aunque estén relacionados, no son la misma cosa. Un niño en el agua puede aprender a nadar, pero eso no es jugar. Jugar en el agua, chapotear en el agua no es un acto dirigido a ningún fin pero el niño lo hace cuando se familiariza con ella y al mismo tiempo aprende sin querer, las propiedades del líquido y las posibilidades de su propio cuerpo dentro de ella. Si dejamos a un grupo de niños entrar en un cuarto nunca antes visto, lleno de juguetes, pasarán seguramente por las siguientes fases:

1. Investigarán lo desconocido hasta que les resulte familiar.
2. Impondrán una repetición rítmica a lo que ya conocen.
3. Variarán las formas repetitivas.
4. Seleccionarán la más interesantes de estas variaciones y las desarrollarán, olvidando las otras.
5. Combinarán y recombinarán esas variaciones.
6. Harán una súbita interrupción en la actividad jugadora.

Hombre-juego-animal

Aspectos leño y genotípicos

³Desmond Morris. *El mono desnudo*. Plaza y Janes. Barcelona. 1986.

La constitución del hombre le brinda, en efecto, todas las condiciones necesarias para que el juego ocupe en su vida un lugar importante; en los mamíferos inferiores, el juego aparece bajo las formas más simples, mientras que en los superiores se muestra ya con una estructura diferenciada. Si queremos aplicar al hombre el concepto de *juego* anteriormente visto, el que surgió de la observación de los animales, tendremos que compararlo ante todo con los



mamíferos superiores, y esta comparación habrá de enseñarnos en qué se distingue de todos los animales el hombre recién nacido, y el adulto, así como su desarrollo y maduración feno y genotípicas.

El peso del hombre al nacer es, tanto relativa como absolutamente, superior al de cualquier otro antropoide; esto se debe al extraordinario desarrollo del cerebro, cuya

masa es varias veces superior a la del cerebro de los simios más cercanos a él. Ahora bien. El desarrollo biológico del hombre, al momento de su nacimiento, no es inferior al de los demás mamíferos superiores; al igual que éstos, nace con los ojos y los oídos abiertos y presenta ya cierta evolución de la vaina medular que corresponde a la de los mamíferos superiores, por lo que cabría compararlo con éstos en lo que se refiere al estado de desarrollo. Pero los mamíferos abandonan su nido el mismo día de su nacimiento y representan ya pequeñas copias del animal adulto tanto en lo que respecta a su estructura como a sus movimientos, mientras que el ser humano recién nacido no es sino una criatura desamparada, de tal manera que, en una consideración somera podríamos inclinarnos a incluirlo en el grupo de animales insensibles⁴ y no en el de los autófalos⁵. El niño recién nacido no es capaz de cambiar de lugar, sus extremidades son cortas y se encuentran en estado de flexión, aparte de que se mueve de un modo desordenado; no posee la capacidad de comunicarse con el lenguaje humano claro, sino que sólo puede producir una serie de sonidos inarticulados y de movimientos atetóticos de difícil interpretación por el adulto. En consecuencia, el ser humano recién nacido, en su desamparo, depende por completo del cuidado materno, a pesar de su madurez fisiológica, de la misma manera que la cría ciega de los mamíferos inferiores.

⁴Género de seres vivientes que cuentan con un sistema de captación-representación-respuesta de las sensaciones imperfecto debido a la falta de imagen, entendida ésta como el mecanismo que da significado a las representaciones o a las experiencias que se pueden captar de una realidad.

⁵Género de seres vivientes que se acomodan fácilmente a la mayoría de las condiciones ambientales; que no tienen un hábitat especializado.

Según investigaciones hechas por Portmann⁶ se plantea que el crecimiento humano se produce con extrema lentitud, y que incluso el periodo de la maduración sexual y el de la vejez son mucho más largos que en todos los demás animales. En cambio, existen periodos de vida en los que este desarrollo "retardado" parece interrumpirse con momentos de crecimiento de gran intensidad.

Es evidente el rápido aumento de la masa del cerebro y del cuerpo durante el primer año de vida, todo ello inversamente proporcional al lento crecimiento humano que se efectúa durante los veinte años siguientes. Los antropoides no presentan este momento de tan rápido crecimiento después de su nacimiento, más bien crecen regularmente durante de cinco a ocho años hasta alcanzar la madurez sexual. Este primer año de vida le sirve al humano para nivelar todo aquello que lo hacía diferente de la cría del resto de los mamíferos superiores. La forma de su cuerpo es proporcional a la del hombre adulto, adopta la posición erecta de su cuerpo y dispone al menos de los primeros elementos del medio característico de comunicación de nuestra especie: el lenguaje; además, es capaz de actuar juiciosamente, características que en su mayoría ya eran típicas de la cría del chimpancé y de los mamíferos superiores.

Una vez alcanzado este estadio, comienza finalmente el lento crecimiento propio de la especie humana. Esto nos hace suponer según Portmann que el primer año de vida

⁶Gustav Bally. Op. cit. p. 64

del hombre —durante el cual según hemos visto sufre un desarrollo distinto y más rápido que el de los periodos siguientes— pertenece en realidad todavía al periodo embrionario, lo cual nos lleva concluir que el acelerado crecimiento del primer año de vida es un crecimiento embrionario extrauterino. Mientras que el mamífero superior termina el proceso de maduración dentro del vientre materno, del cual sale a la luz como un ser parecido al animal adulto en lo que respecta a las proporciones físicas y a las formas de vida; el hombre, y sólo él, goza del privilegio de pasar la última parte de este periodo, en el que va adquiriendo forma humana, fuera del vientre materno y con los sentidos ya agudizados. Esto le permite:

1. Tener una disposición de acuñación más elevada; es decir, una mayor disposición a la modificación de las actividades mentales para adaptarse a una nueva situación.
2. Formar el íntimo apego afectivo a los padres individuales o su equivalente, ya que de ellos es de quienes recibe todo y de quienes obtiene su símil de conducta para copiar y extraer experiencias y con quienes pone en práctica sus prematuras funciones que, entre repetir y repetir, va perfeccionando. Lo que en los animales parece ser ejercicio, y que no es en realidad sino la maduración de un instinto (la capacidad de volar de las palomas, por ejemplo) es en el hombre, en cambio, un esfuerzo activo y alegre por formar y desarrollar nuevas capacidades. Se dirá: igual ocurre con las palomas. La diferencia está en

que el hombre las combina con el medio y los objetos buscando cada vez nuevas formas de acción motriz.

Es cierto que en este periodo embrionario extrauterino sólo podemos suponer la existencia de procesos de acuñación y de desarrollo que unen de la manera más íntima y misteriosa a la criatura con su madre y con el mundo que lo rodea, pero el periodo siguiente nos permite reconocer claramente los rasgos de un mundo en el que, apoyándose en esta zona de seguridad y protección, comienza a desarrollarse una conducta peculiar que ocupa un lugar importante en la juventud del ser y, según esto, también en la vida adulta, aunque en formas más evolucionadas. Esta conducta es "el juego"; la criatura humana tiene una curiosidad o, si se quiere, un afán de investigar las cosas por sí mismo, capacidad que apenas llega a insinuarse en el simio. El niño es capaz de dedicarse a un mismo objeto durante un tiempo relativamente largo, de palparlo por todos los lados, de lamerlo y explorarlo hasta reconocerlo y además de entablar una relación afectiva con su guía de formación, basada en ese objeto: puede ofrecérselo y dirigirle un risa "inteligente", cosa que jamás ha logrado el chimpancé. Todo esta dedicación activa a las propias funciones así como a las cosas, se adquiere o, si se quiere, se logra por el juego, intento tras intento, y es de allí de donde surgen nuevas capacidades que hacen que el hombre sea verdaderamente hombre.

La exploración

Todos los mamíferos poseen un fuerte impulso exploratorio, pero en algunos de ellos es más decisivo que en otros. Esto depende en gran manera del grado de especialización que hayan alcanzado en el curso de su evolución, porque todo ser vivo es por una parte individuo, y por la otra es también un pasaje de la especie biológica que representa individualmente.

Entre todos los animales no especializados, los monos sobresalen y entre los cuadrúmanos el Homo Sapiens es el más oportunista de todos. Esta es, precisamente, otra faceta de su evolución neofílica. Todos los monos jóvenes son curiosos pero el impulso de su curiosidad tiende a menguar al convertirse en adultos. En nosotros, la curiosidad infantil se fortalece y se extiende a nuestros años maduros. Nunca dejamos de investigar, nunca pensamos que sabemos bastante. Cada respuesta nos lleva a otra pregunta. Este ha sido el más grande ardid de supervivencia de nuestra especie. La tendencia a sentirse atraído por la novedad es el fenómeno común que caracteriza al niño al punto de que, por ser tan extremo, exige restricciones por parte de los padres.

Uno de los hechos más significativos derivados de esta tendencia es el dibujo o exploración gráfica que, como pauta de comportamiento, ha tenido vital importancia para nuestra especie desde hace miles de años, por no decir que durante todo su proceso de evolución. El origen de este interés tiene algo que ver con el principio de premio a la investigación, ya que se obtienen resultados desmesuradamente grandes en relación con el pequeño

consumo de energía. Esto puede comprobarse en toda clase de situaciones de juego.

Tanto a los chimpancés como a los niños les gusta golpear las cosas, y sus objetos preferidos son los que producen mayor ruido con menos esfuerzo, pelotas que saltan muy alto al ser lanzadas con poco impulso, arena que puede moldearse con una mínima presión, juguetes sobre ruedas que corren fácilmente al más ligero empujón, cuando tienen por primera vez un lápiz y un papel ambos lo único que pueden hacer ambos es golpear la hoja con el lápiz. Pero estos elementos producen algo más que ruido: producen también un impacto visual. Es delicioso observar el momento de descubrimiento gráfico por un chimpancé o un niño al observar como sale algo de la punta del lápiz y deja una señal en el papel !Ha sido trazada una línea! Ambos se quedan mirando fijamente la raya, intrigados por la inesperada recompensa visual que les ha proporcionado su acción. Después de contemplar por un momento el resultado, repiten el experimento y naturalmente éste da nuevos resultados la segunda, la otra y la otra vez, y pronto aparece la hoja cubierta de rayas. La primera afición a esta actividad se da, tanto en los chimpancés como en los niños, al año y medio de edad. A los tres años, el niño entra en una nueva fase gráfica: empieza a simplificar sus confusos garabatos. Formas elementales empiezan a surgir del asombroso caos: primeros son cruces, después una línea ondulada recorre la página hasta juntarse consigo mismas fés un círculo! Durante los meses siguientes, estas formas simples se combinan entre sí para producir sencillos

dibujos abstractos. Un círculo es cortado con una cruz; los ángulos de un cuadrado se unen con rayas diagonales. Esta es la fase vital que precede a las primarias representaciones pictóricas de verdad. En el niño, este salto se da en la segunda mitad del tercer año o principios del cuarto. En el chimpancé no se da nunca.

Escogí este ejemplo particular de comportamiento explorador porque muestra claramente las diferencias existentes entre nosotros y nuestro más próximo pariente actual, el chimpancé. Podrían hacerse comparaciones semejantes en otras esferas: la exploración del sonido, la invención vocal, la rítmica; en fin, infinidad de mundo explorado a través del simple juego, pero lo que aquí es la piedra angular es que el chimpancé toma el juego como medio de maduración de un instinto. En nosotros ese "jugar por jugar" es la puerta de entrada a un mundo de exploración sin límites.

Esta dualización de comportamientos observada y ya demostrada por investigadores distintos nos permite dejar en claro el milagro humano. Es cierto también que ambos personajes son el resultado de un proceso de evolución que ha tardado millones y millones de años. A mí personalmente, me inquieta una pregunta ¿llegará alguno de los primates a alcanzar un grado de desarrollo de inteligencia parecido al del hombre? No se puede descartar esa posibilidad de la evolución.

Lo que es realmente relevante en este momento histórico es que por ahora sólo el hombre ha sido capaz de poner el simple juego como piedra angular de su inteligencia. Es muy improbable que tanto el hombre como el animal sobrevivan como individuos; necesariamente cada uno por su lado está ligado a un continuo compartir de espacio, tiempo y lugar con el resto de su manada, y de ellos copia, imita, aprende todas las formas de vivencia y supervivencia. Pero, además de poseer una herencia genética y fenotípica, cada individuo como tal es la muestra palpable del aporte de toda la generación a la evolución de la especie.

El que el personaje humano haya llegado a formas tan complejas como las que hoy vemos en gimnasia, danza, ejercicios físicos rítmicos, escritura, pintura, escultura, dibujo, música, canto, danza, juegos, deportes, oratoria, y demás formas tan complejas y especializadas de exploración y experimentación, no es gratuito, es el premio por inquietarse, así es que cada individuo cumple su papel, heredado por el género, a través de la espontaneidad y recompensa gratuita del juego.

El comportamiento exploratorio del juego no es, pues, para muchas especies de animales más que un camino hacia las normas básicas y necesarias para la supervivencia, la alimentación, la lucha, el apareamiento, etcétera. En cambio, para los mamíferos superiores y especialmente para nosotros se convierte en el paso a la cultura, como ya lo señaló Freud. El juego, en este punto, se convierte en el "juego social", forma de juego más compleja pero a la

que le es indispensable el primer estadio del juego. Es en este primer estadio donde el sujeto se socializa y logra interiorizar reglas, condiciones, deberes y derechos, al ingresar a un grupo de juego. Éste es el peldaño crítico de su desarrollo, peldaño del que irá a la conquista, al logro de los objetivos básicos de supervivencia tales como la integración social, la alimentación, la familia y el bienestar. La investigación científica se mueve en gran parte sobre los principios de juego anotados en los capítulos anteriores (neofilia). El importante papel del juego en el amor y en la elección de pareja merece un amplio estudio y análisis pero quiero resaltar un aparte de la investigación de Morris.

Un experimento demostró las consecuencias del aislamiento en los chimpancés. Éstos, aunque siendo físicamente sanos y habiendo crecido bien en su aislamiento, eran completamente incapaces de participar de juegos colectivos cuando llegaron a la madurez no mostraron ningún interés por el otro sexo. Y las hembras, si llegaban a ser madres, golpeaban a sus crías, las rechazaban y acababan matándolas o desentendiéndose de ellas. Así también, el niño que se haya visto severamente privado del contacto social, como miembro de un grupo de juego, se hallará siempre en situación de grave inferioridad en sus interacciones y roles sociales de adulto. El aislamiento durante la infancia produce no sólo un adulto socialmente retraído, sino que crea también un individuo antisocial y desapegado de los padres

Bibliografía

Bally, Gustav *El juego como expresión de libertad* Ediciones Olímpica. México. 1973.

Elkonine, D.B. *Sicología del juego*. (Documento).

Galop. *Desarrollo de los reflejos condicionados*. (Documento).

Morris, Desmond. *El hombre al desnudo* Ediciones Nauta. Barcelona. 1980

Morris, Desmond. *El mono desnudo*. Plaza y Janes. España. 1968

Tirado Gallego, María Inés. *El juego y el arte del ser humano*. Editorial Universidad de Antioquia. 1990